Albert Roig

Perro

Vida de Rainer Maria Rilke



Galaxia Gutenberg

Albert Roig

Perro

Vida de Rainer Maria Rilke

Galaxia Gutenberg

institut ramon llull
Lengua y cultura catalanas

La traducción de esta obra ha recibido una ayuda del Institut Ramon Llull

Título de la edición original: *Gos. Rilke*
Traducción del catalán: Antoni Cardona Castellà

Publicado por:
Galaxia Gutenberg, S.L.
Av. Diagonal, 361, 2.º 1.ª
08037-Barcelona
info@galaxiagutenberg.com
www.galaxiagutenberg.com

Primera edición: septiembre 2016

© Albert Roig, 2016
© de la traducción: Antoni Cardona, 2016
© Galaxia Gutenberg, S.L., 2016

Preimpresión: Maria Garcia
Impresión y encuadernación: Sagrafic
Depósito legal: B.14671-2016
ISBN Galaxia Gutenberg: 978-84-8109-739-9

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede realizarse con la autorización de sus titulares, a parte las excepciones previstas por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear fragmentos de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45)

Le desearía que en sus recuerdos no aparezca ninguna persona, tan sólo el mar, el mar grande de su pueblo, de estaño, y el castillo Nevershuns y sus jardines y las casas de los pescadores detrás del muelle, tan sólo árboles y flores y las cosas que usted amaba y quizás un animal, un perro acaso, el perro que había en su infancia.

Carta a la condesa Franziska von Reventlow,
Villa Strohl-Fern, Roma, enero de 1904

Este hombre, si mal no recuerdo, tenía ambas manos sobre un bastón, con este bastón había caminado largo tiempo por tierras lejanas, y ahora, mientras él hablaba, descansaban (tal como los perros se echan a dormir cuando el dueño empieza una historia que presienten larga).

Carta a Lou Andreas-Salomé,
Villa Strohl-Fern, Roma, 15.1.1904

La Casa Roja

SCHIWE. *Nadie dice nada, el silencio es total. Al fin, éste pregunta con inseguridad*. ¿Es eso cierto?

SIRI. Mire. Hay dos clases de escritores. Los que dicen mentiras para recoger un poco de verdad y los que dicen la verdad para recoger un puñado de mentiras.

STRINDBERG. Y pues: ¿de qué clase debo de ser yo?

SIRI. De la peor de todas.

SCHIWE. *Todavía desconcertado*. Pero ¿qué hacía usted, señora Strindberg? ¿Cómo reaccionó?

SIRI. No hacía nada. Sufría y basta.

Olov Enquist,
Tribadernas, 1975

Antes vivía en una casa de campo de olivos viejos y grandes tinajas vacías, de heredad. Ahora vivo de alquiler en la Casa Roja, en la calle de las Alondras. La casa linda con la Dehesa de las Abejas. Las ventanas dan a la Colina de los Pájaros, que es el umbral del bosque y la noche. La patrona, la Viuda, vive en la planta baja y yo, en el piso de arriba, solo. La llaman así, la Viuda, porque es la viuda del poeta. La Viuda es pintora. Acuarelas delicuescentes y vespertinas, paisajes solariegos con caballos y ovejas, cerros y torrentes con mujeres desnudas, sellan las paredes, y dos fotografías del poeta: en una está con la Viuda en la torre de Muzot, en la otra está con el poeta Paul Valéry, ríen. Ante el escritorio del poeta, de roble, del siglo XVII, hay un dibujo, tristísimo, que le hizo la Viuda, y una copia de *Narcisse et Écho* de Nicolas Poussin hecha por el hijo de la Viuda, pintor también. La Viuda ha puesto un cristal sobre aquel roble viejo, una losa fría. Por las noches me veo reflejada la mano, vieja, la sombra de la mano, y la sombra de los ojos. También hay un montón de bibelots, que no han sido comprados, y huelen a recuerdo: acericos, colchas, cristales, vajillas, porcelanas, bordados. Los han hecho unas manos tiernas y llenas de amor. Los he heredado del muerto, a quien no conocí. La Viuda deja pasar los días y las noches fumando, encerrada en la habitación donde guarda los libros, las cartas, los papeles inéditos y la mascarilla fúnebre del difunto. La vida pasa amable, calma, como un río ya viejo, lento. Es una mujer leída y delicada y siempre me arregla la habitación por la mañana, cuando salgo a pasear. A mi regreso nos sa-

ludamos con un movimiento de cabeza afectuoso que lo dice todo.

–¿Cómo está?

–¡Muy bien, gracias!

–¿Se siente a gusto?

–Muchísimo.

–¡Todo es perfecto!

–¡Me alegro!

Y si alguna vez tengo la tentación de charlar con ella, sobre todo cuando la veo preocupada, la venzo, porque en parte temo entrometerme en los quebraderos de cabeza y las desazones de los demás y en parte quiero respetar los secretos de su vida. Prefiero una relación afectuosa y fría, y encaja más con mi estado de alma dejar su pasado, el suyo y el del poeta, en una cómoda penumbra. Si algún día llegara a saber su historia, los muebles y los retratos del difunto se teñirían de otros colores y claridades, bien diferentes de los que yo les he atribuido. Los velos se rasgarían y sillas, mesas y regalos pasarían a ser el *atrezzo* de sus dramas, a ser espectros, sombras. No. Ahora todas estas cosas son mías. Les he puesto la funda de mi recuerdo y este decorado sólo puede servir para mi comedia. O para mi camelia trágica.



Retrato de Rilke de Baladine Klossowska

La Casa Roja. Vivía en la pensión de la Viuda. Leía *Solo*, *Ensam*, de August Strindberg, y la traductora, Carolina Moreno, me desvelaba que Strindberg no vivía en una pensión y que tampoco era el solitario de las calles de Estocolmo. En *Solo* Strindberg tiñó las mentiras, sus recuerdos, con los colores de la verdad, la de envejecer. Le he tomado prestadas aquellas habitaciones y estancias y rimas y retratos, que todavía huelen a recuerdo. A los recuerdos de un muerto. A sus papeles amarillentos. Los leía y callaba y dejaba que otros, los muertos, me hablaran, me hablaran sobre mí.

El letraherido.
Carta a una amiga

Yo soy como la pequeña anémona que vi hace poco en Roma, en mi jardín; se abría tanto durante el día que por la noche ya no podía cerrarse. Era terrible verla completamente abierta en la hierba oscura, sin cesar de acoger en su cáliz frenéticamente extendido, con aquella demasía de noche sobre ella, que no podía devenir del todo. Y a su lado, sus juiciosas hermanas, cada una encerrada sobre su pequeña cantidad superflua. También yo estoy, sin remedio, asomado hacia fuera.

Carta a Lou Andreas-Salomé,
París, 26.6.1914

Estantes, libros, salamanquesas, carcoma y polillas, rincones, a flor de polvo. Un día una muchacha ociosa, en bragas, elige uno: *Rilke*. Yo lo había leído de joven. No sabía que estuviera en mi masía. *Rilke*, de Bermúdez-Cañete, no es mío, es de mi hermano Josep Ramon. Lo compró en el Drugstore de las Ramblas una noche, en 1978. Las páginas han amarillecido. El amarillo y el azul de la tapa se han vuelto lánguidos, el azul es un azul de liquidación, una cara azul y desvaída, una uña invisible la rasca, la erupción de los hongos blancos, el papel de debajo. Es el retrato de Rainer Maria Rilke hecho por Henri Martinie en París en el año 1925.

–Es bien raro este Rilke. Y tiene esos ojos tan tristes, esos ojos saltones como de carnero degollado.

–Sí que era raro. Cuando le sacaron esta fotografía tenía cincuenta años. Vivía en París. Un poeta francés, un poeta que era católico, lo evoca: Rilke acude a una velada lírica vestido de esmoquin y su admirador dice que de la frente alta y vasta le mana «una luz endulzada, irresistible», no ha visto nunca, dice, «una cara más serenamente, más soberanamente triste». Él lleva puesta siempre la corona de la tristeza. Sus ojos son los ojos de un buey o de un caballo en un plácido prado, muy grandes y claros, pero empañados, tristísimos, una palabra tristísima calla en ellos y nadie la ha sabido leer. Míralos: son el espejo del escalofrío y de la fragilidad, son lloros. Ahora eran azul claro, relucientes. Ahora, violeta y sombríos. Veían muy para adentro del hombre, y muy a lo lejos. Él lo juraba: que había visto ángeles, de

noche, y que aquellos ángeles tenían cara de mujer embarazada y eran todos ciegos y sólo podían estar asomados a su interior, como las mujeres embarazadas. Sufría ataques de angustia, alucinaciones. Un día se quedó atónito ante una plácida acacia, como si viera una aparición, y retrocedió. A la mujer de su editor, le explicó que una noche, en un viejo castillo suizo, cuando se dormía, empezó a decir unos versos que no podían ser suyos; inquieto, volvió a vestirse y se sentó junto al fuego y, de pronto, vio sentado ante sí a un conde barroco, el conde C. W., le leía unos papeles amarillentos y ajados donde estaban escritos los versos que él mismo acababa de decir. Por las noches el fantasma le dictaba versos, eran piojos, invisibles e insomnes, que saltaban de aquella peluca a su cabeza. Los copió con su letra pulcra y los envió a una princesa antigua y romántica para divertirla con aquella ficción esotérica y estólida, y a su editor, paciente y desesperado, para demostrarle que, tras años y años de sequía de alma, volvía a escribir, sí: unos versos muy malos dictados por un Ariel impostor, que no podían ser suyos y que no podría publicar, pero, acaso, ojalá, un día volvería a escribir un buen libro o, al menos, una poesía de verdad. A una amiga le explicó que un atardecer Jesucristo se sentó a su lado, pero no le dijo nada, ninguna revelación, ningún gesto. En Capri, una noche de luna llena y viento y olivos, oyó cantar un pájaro y cerró los ojos, él dice que aquel canto fue dentro y fuera de él a la vez, como si todo fuera un único ámbito de una amplitud y de una diafanidad absolutas. En Toledo, contemplaba el cielo nocturno desde el puente de San Martín y una estrella, siguiendo una lenta trayectoria por el ámbito celeste, cayó también a través de su ámbito interno. Pero: ¿la naturaleza y su cuerpo fueron uno? No. Siendo un niño la Muerte se le presentaba en una pesadilla recurrente, espeluznante: él caía en la tumba abierta y después la lápida, muy grande, donde estaba grabado *René Rilke*, le caía encima y lo sepultaba. Y quiso ser médico. Y acabó siendo poeta. ¿De dónde sacaba estas apariciones? Nadie lo ha podido aclarar. Él no tomaba tetracloruro de carbono, tal

como hace el aprendiz de vidente, de poeta. No fumaba. No se emborrachó nunca. Él afirmaba que era «el alumno de la Muerte» pero, en realidad, era el alumno de Dante. La Muerte es la letra que debemos aprender, con sangre y dolor, de viejos, pero a él lo obsesionó desde muy joven, cuando aún no sabía que escribir mata, muy lentamente, a caladas pequeñas, placenteras, como los dos paquetes de tabaco de Camus, una vida absurda, cada mañana empezaba otro paquete y otro y otro, de palabras, palabras, y por la ventana vislumbraba la Muerte y siempre estaba allá a lo lejos. Él decía que la tarea del poeta era afianzar la confianza en la Muerte, más allá de los placeres y esplendores de la vida, quería volver a la Muerte más clara y evidente, como si fuera una cosa callada y viva que podemos coger y modelar con las manos, con las más bellas palabras, con las más viejas mentiras. «En voz alta dijiste *vivir*; y con voz queda *morir*, y repetías siempre: *Ser*», «Sólo el muerto bebe de la fuente que desde aquí *sentimos*, cuando el dios, callando, da la señal al muerto», escribía cosas así. Le gustaban las hipérboles, siempre hablaba de «la abundancia del corazón», de «la grandeza del corazón», de «la grandeza del destino puro que va más allá de la propia vida». Y las antítesis, por ejemplo: decía que debemos aprender a «pensar con el corazón». Y hacía uso y costumbre de las cursivas, como si las palabras de cada día quisieran decir, sólo a él, más de lo que dicen, como si sólo él supiera volver *viva* la palabra escrita, quería que la letra volviera a ser flor o canto de pájaro. Él lo dice así «Tú, mentira, tienes ojos sonoros. ¿Eres flor, eres pájaro, mentira?». Ojos sonoros. Así, con las sinestesias y las paradojas y las alegorías celebraba la *vida* y pasaba de largo de la Muerte y, al volverse, sólo columbraba una eternidad vaga, su máscara negra, infinita. Nada de putrefacción, de hedor. Ningún gusano. Él, en cambio, predicaba lo contrario. Al creador, decía, no le está permitido escoger ni cambiar nada, ni la carroña más repugnante. Una semilla de manzana aún en la boca de un niño, el dulzor de la pulpa en la boca, esto era la Muerte para él. Porque: a la Muerte,

¿quién osa mirarla a los ojos? Cuando supo que moriría pronto La negó y se alistó en las filas de los *«êtres heureux et affirmatifs devant la vie»,* «Quizá nadie ha podido ser más feliz ante la vida de lo que yo lo he sido en ciertos momentos... imperceptibles... Porque el verdadero vínculo con la vida consiste en amar», quería enterrar los larguísimos inviernos suizos e irse a vivir a orillas del mar, en la bella Provenza, en la villa de una joven amiga, una poetisa. Quería vivir de escribir, de escribir sólo poesía, de esperarla, a la poesía, «¡No soy un *autor* que *hace* libros!». Él no pesaba la inmortalidad de su obra por el fajo de billetes que le podía reportar, como hacen los demás artistas. Iba disfrazado de prohombre puro, improductivo y sin blanca, a pesar de las donaciones de los parientes y de las donaciones «insólitas» de las princesas y duquesas, del joven y rico filósofo Wittgenstein. Su abuelo, el señor Enzt, fue un prohombre de Praga, era el director de la Caja de Ahorros de Bohemia. Sus primas, todas, eran ricas. Y él no. En las universidades, y pasó por muchas, tan sólo se tomó en serio, tan sólo el primer curso, los estudios de derecho, pagados por el tío rico. Fue un manirroto exquisito e irresponsable. Cuando acababa completamente arruinado jugaba a la lotería y se encomendaba a la princesa romántica, la más rica. Lo aterraba la visión de la inmundicia y de los hospicios y los hospitales, lo angustiaba verse un día mísero y enfermo –y loco–. La fiebre, la migraña, el dolor de garganta, las llagas en la boca, las crisis asténicas, las lágrimas, el sueño, el sueño que lo vencía a mediodía, malvivía inmerso en la exasperación y la neurosis y el sueño, tenía la sangre lenta, la nutría con *Phytinum liquidum* y con soporíferos y severísimos e inútiles regímenes vegetarianos. Miseria cría miseria. Un simpático biógrafo dice que la enfermedad fue su primera y principal profesión. La enfermedad le servía para zafarse de compromisos, de parientes, amigos, amantes, de todo el mundo excepto de los banqueros y las princesas, riquísimas, que le pagaban los balnearios, carísimos, los viajes, el alquiler, la escuela de su hija. Era, decían, «un enfermo histérico». En los balnearios

y sanatorios que frecuentaba, los más lujosos y caros, lo enojaban los monólogos aburridos del dinero de los nuevos ricos, judíos principalmente. La banca, decía, malcriaba el oro de aquellos judíos, no el de los nobles patricios y las princesas. La riqueza le interesaba y no le interesaba. Y la nobleza, la veneraba, para él la práctica de la poesía era una transfusión de sangre azul. Pretendía, así, ennoblecer su destino, de poeta. Su destino o su maldito oficio. Tenía las maneras, pulcras, y la cara, humilde, de un mayordomo de un gran señor o de una princesa de cabellos canos, pero le gustaban las mujeres judías, las mujeres morenas, y las pelirrojas. Su madre era judía y morena y él era el vivo retrato de su abuelo, un judío converso: la misma cara, los mismos ojos brillantes. Pero nadie debía saber que lo eran y abrazaron con devoción el Sagrado Corazón y hablaron mal, siempre, de sus vecinos judíos. La reacción cobarde y vil de la madre del poeta y del poeta es de manual: Freud la denomina la formación reactiva. Tras el orgullo de creerse el escogido, y bajo su apariencia franciscana y frágil, late el temor a ser descubierto. Fue un niño desgraciado, hijo único, delgado, y muy nervioso, se consumía encerrado a solas en un piso triste. Su infancia no fue una infancia vivida sino soñada. En un retrato, es una criatura de cuatro años, viste falda, faralaes y cintas, a su lado hay un perrito faldero, dulce. Él decía que *se adentraba* en aquel perrito, es el niño solitario y enfermizo que vive enterrado en las bestias y en las cosas. En otro, cuando ya es un muchacho, un chaval, va vestido de cadete, los demás cadetes lo llamaban «el chiflado» *(der Narr)* porque escribía poesías y decía que curaba de gracia, con el calor de las manos, otra fantasía, y era una nulidad en gimnasia, esgrima y equitación, y siempre estaba enfermo. Se libró de la academia a los quince años, pero el escarnio y los gritos de los sargentos le dejaron una fractura irreparable, del corazón y del cuerpo. A Rilke le gustaban demasiado las leyendas, las delicadas damas de las enaguas finísimas e imposibles y de las cuerdas de las dulces vibraciones divinas, damiselas que se deshojaban con un beso. «Amar es estar

dentro y fuera de la *vida*». Amar a una mujer era escribirle cartas y más cartas y enviarle ramos y más ramos de rosas. Nadie ha escrito tantas cartas sobre la poesía y la *vida* y sobre el amor y la rosa y tantos inocuos cantos de amor, de antes del amor, como Rainer Maria Rilke. Fue rico en promesas. Y tal vez fuera el amante más fraudulento, acorazado tras la mentira del amor «heroico» de la mujer, el amor no posesivo, «La enamorada supera siempre al amado, porque la vida es más grande que el destino. Su ofrenda debe ser siempre inmensurable: esto la hace feliz. ¿No es hora de que amando nos libremos de la persona amada, reprimiéndonos trémulamente, al modo que se afirma en la cuerda del arco la flecha que, en el brinco, quiere ser más de lo que fue? Pues nunca podemos detenernos». Seguía por las calles a las mujeres bonitas con un ramo de rosas blancas en las manos, tierno y tembloroso como una hoja joven, y ellas reían, sabían que aquel hombre era el poeta Rainer Maria Rilke y que era dulce e indefenso, como un perrito sin collar, y se hacían amigas suyas, amigas blancas. Ahora publican que todas lo veneraban; las mataba a todas, a las telefonistas de los hoteles, a las pintoras, a las actrices más bonitas, a las baronesas más picantes. Sólo una mujer sufrida y con carencias, como su esposa, Clara, o desesperada e histérica, como madame Albert o madame Klossowska, o una tuberculosa ucraniana que erraba por el mundo sin un céntimo en el bolsillo, o la veneciana más ingenua podían desear y podían soportar a este hombre caprichoso y volátil, deprimente y huraño, tacaño y vil. Lou Andreas-Salomé y Magda von Hattingberg se libraron de él a la primera ocasión. Las más bellas princesas, escritoras y músicas, coleccionistas de arte, madame de Noailles, hija de príncipes orientales, y su sobrina, la princesa Marthe Bibesco, la princesa Madeleine de Broglie, una mujer preciosa, la princesa Elsa Cantakouzenós, riquísima y culta, la condesa Mary Gneisenau, poetisa, Helene von Nostitz, la musa de Rodin, de Hofmannsthal y del conde Harry Kessler, y la escritora más elegante y más deseada, y las actrices, siempre demasiado jóvenes para él y

él demasiado pobre para ellas, acaban siendo recuerdos de *soirées* líricas, mitones, galanterías, quimeras. En ellas él representa siempre la comedia de Trilirón, el espabilado, rodeado de las mujeres sabias y de la más bella Filosofía, que es soltera y de buena casa, la corteja. «Tu lecho, amada, es una rosa». Él siempre está enamorado, inciertamente, prudentemente, puramente, de una y otra y luego de otra y otra más. Que él predica el Amor no degradado por los dones e intereses materiales ni por las convenciones más santas. Al fin y al cabo, se le subvenciona para celebrar la rosa, la rosa blanca, hasta agotar las existencias, y para escribir, y *vivir*, la leyenda del hijo pródigo, «la leyenda de aquel que no quería ser amado». Desde el Grand Hôtel de Rad Ragaz, en la primavera de 1926, pocos meses antes de morir, todavía tiene ánimo para escribir a Marina Tsvietáieva «Nada nos pertenece. Apenas si ponemos la mano en los tallos de flores no cogidas», le hace alusión a la flor de Mallarmé, la de antes de la palabra adánica, a «la ausente de todos los ramos», al primer jardín de Goethe, a la primera enamorada, «No cogeré las flores». Es la ventaja de cartearse con una poetisa: invita a la efusión lírica y a la alusión. Tsvietáieva le ha escrito para decirle que quiere ir a la torre de Muzot, donde él vive, y «No solamente para hablar de poesía», es una mosquita muerta, «Rainer, oscurece, te amo. Un tren aúlla. Los lobos son Rusia. No un tren: toda Rusia entera aúlla llamándote», y él le contesta, saturnal, «Los amantes, los jóvenes, Marina, no deberían, no deben saber demasiado, de su declive»; no se conocerán nunca. Cuando le sacaron esta fotografía moría de una enfermedad aún sin nombre: la leucemia. Huía desesperadamente de los templos blancos y terribles de la Muerte, de los hospitales. Quería volver a ser joven, por última vez. Aquellos días, en París, después de un buen almuerzo, echaba unos traguitos de aguardiente o de coñac y se paseaba por los bulevares de París bien acicalado y perfumado, envejecido, con el clavel clavado en el corazón y la rosa en los labios, una canción. Se acababa de separar de madame Klossowska, una judía hija de Breslau, una pin-

tora afrancesada que siempre se retrataba con un cigarrillo en los dedos. Aquel amor había florecido en Ginebra en el verano de 1920, madame Klossowska tenía treinta y nueve años y el cuerpo reblandecido y un poco torcido, no era muy guapa, y él le habló de cornucopias «¿Quién posee a otra persona? No te dé miedo sufrir, deja que tu corazón puro conozca la abundancia» y ella le dijo, como las grandes enamoradas, «Te amo tanto que puedo abandonarte», se lo dijo en francés *«Je t'aime tant que je peux te quitter»,* y él quiso llenar la desmesura, el infinito, de aquel corazón, *«Votre coeur infini», «Votre coeur incendié»,* le escribía y le enviaba las cartas de Bettina a Goethe y ella le respondía con una porrada de telegramas, de cartas tiernísimas, larguísimas, por la mañana eran dulces, al atardecer, de amargas lágrimas, añoranzas, y de llamadas: un torrente de lava, de bruscas órdenes. A ella la soledad del poeta se le hacía siempre demasiado larga, eterna, enemiga. Y él la reñía «Te avisé, te rogué que no me llamaras». Él, que proclamaba que no quería ser amado para no verse obligado a amar, en otoño ya le escribía, lleno de sentimientos de culpa, por ella y por haberse traicionado a sí mismo, «¿Estoy, pues, condenado a hacerte sufrir tanto, tanto?» y «Me siento incapaz de vivir cuando sé que eres infeliz por mi culpa. No hay peor cárcel que el miedo de hacer daño a un amante. Este miedo falsea todos los impulsos del corazón» y «¿Quieres abrumarme bajo el peso de la sospecha de que he sido yo quien ha echado a perder tu impulso joven y alegre? Dime muy deprisa, muy deprisa, que perdonas a René» y «Llevo siempre conmigo el pañuelito empapado de tus lloros. Lo llevo como una prenda: en mi corazón tus lágrimas siempre se secarán, todas tus lágrimas». Ella era un gladiolo, los gladiolos son hijos de la noche, son *«volcaniques et brûlants»* le decía él. Él era una rosa blanca y mustia, un Hipólito demasiado feo y desmedrado. A los momentos de extrema violencia, de ella, y de reserva, de él, les seguían «momentos de una ligereza sublime», ella era «demasiado mujer», estaba poseída por «aquella cosa *demasiado grande*», por aque-

lla *cosa* inefable, y se abismó en la tristeza, el corazón en un puño. En primavera se fue al balneario de Tölz, se dormía en las almohadas de la morfina. Madame Klossowska, casada y separada del historiador del arte Erich Klossowski, un fumador frenético y entrañable, acordó el apellido del marido, un apellido polaco, a su espíritu artístico y sofisticado. Se llamaba Elizabeth Dorothée Spiro, pero su espíritu, su gladiolo, le pedía nombres todavía más rutilantes y más rancios. Un nombre de heroína romántica, Baladine, así firma sus pinturas. Uno de musa histérica, Merline, así la canta el poeta. Uno cariñoso y dulce, de perrita o de minina, Mouky, –Mouky, Mouky, así la llama el amante. En el año 1925 él vaga por París, perseguido todavía por la sombra de aquella perrita. Tardó años y llantos en librarse de aquella culpa, de aquella mujer «tozuda, egoísta, insensible e histérica», así la ve al final de la relación. Aquellos días, en París, también se halla el joven poeta y helenista Carles Riba. Un día Riba visita a Paul Valéry, se han conocido en Barcelona aquella primavera, y Valéry le dice que Rilke acaba de irse, le ha llevado sus versiones de los *Charmes*, se las enseña: la letra es primorosa y clara.

–¿No lo ha visto?

–No, no lo conozco.

–Se lo acaba de cruzar por la escalera. Si se da prisa lo encontrará en el Luxembourg, seguro que está ahí, en uno de los primeros bancos, rodeado de palomas. Lo reconocerá por su bigote chinesco y por el libro de cuero rojo que lleva en la mano.

Y sí, Rilke lo leía: el Corán. Y el joven contempló a aquel hombre: tan enjuto que estaba en los huesos, y amargo, su cara era la de un hombre todavía joven, de edad incierta, una cara sesgada, con la barbilla hundida, y la frente, alta y clara, de poeta, y la nariz, muy grande, de quebrantahuesos, y debajo del bigote, de jineta, desfalleciente y ancho en los extremos, se mal enterraba un labio, grueso, el otro, hinchado, más grueso, se le descolgaba un tanto, eran unos labios barnizados de un carmín sanguinolento, raro y feo, feo

como una mala enfermedad. Y alzó los ojos, aquellos ojos irradiaban una luz dulce y triste. Y cerró el Corán.

–Buenos días, monsieur Rilke, monsieur Valéry me ha dicho que estaba usted aquí y me he tomado la libertad de presentarme. Soy un ferviente admirador suyo.

Riba hablaba así.

–Hace un año este sublime poeta, Paul Valéry, me visitó en mi torre suiza. Está sobre una loma del Valais. Para conmemorar la visita planté un plantón de sauce en el jardín, para que un día cantara en él el pájaro moscón. Hay quien lo llama tejedor, pues teje sus nidos, exquisitos, con las yemas de los sauces. Yo lo había leído en un tratado de ciencias naturales. Pero el pimpollo se me mustió y ahora es un palo seco sin moscas ni moscones. Era el primer árbol que plantaba y regaba en mi vida. No importa: todo el mundo lleva un sauce, o muerto o lozano, en el alma. Y un lechoncillo.

Y Riba añadió

–Y una conferencia. Todo el mundo lleva en el alma un sauce, un lechoncillo y una conferencia.

Rieron como ríen dos adolescentes en un parque, en mayo.

–Venga, pasearemos hasta el final del jardín. Me gustaría ver el Luxembourg con usted. Saludaremos a Sainte-Beuve, la estatua, y él, el crítico de las mil conferencias, nos mirará rígido, tácito.

–Me placerá saludar al más famoso crítico, el más cretino. No conozco este jardín.

–Da igual. Un jardín, como una ciudad, como todas las cosas, toma la apariencia de quienes lo contemplan. Cuando estamos solos, los jardines, las calles, los bosques, e incluso la estatua galante que sedujo a madame Hugo, nos dicen más cosas, más claras y más profundas.

Y miró al cielo y el sol era un ojo arrugado por las nubes.

–A veces las nubes cargadas de lluvia tienen los contornos de pequeños demonios errantes. Pero no es exactamente así. Es más bien la ascensión de miles de corazones que res-

piran hacia Dios. Él manda a los abejarucos cantar su canto de maravillas por bosques y montañas y tapa el Cielo para un acto de fecundación milagrosa. Aquí, en el Luxembourg, esta lluvia ha sido exhalada por el atardecer, por el reclamo melancólico y triste del mirlo y del zorzal, por la voz seductora del pajarel o de la moscareta en la mata. Para los hombres, mira, la lluvia es una gracia más directa aún, más sustantiva. Por la lluvia las almas desnudas de los muertos descienden y se filtran y penetran a raudales en el corazón de la tierra, en las aguas cargadas de eternidad. Las almas son también pájaros de lluvia, abejarucos de la Sombra, cantan y callan con el presentimiento de la Muerte. La tierra ya me llama, se esponja, húmeda, y me llama.

Después le habló de la Pascua de Kíev, de Tolstói, de una vieja campesina rusa, de las Navidades en Praga, que pasaba con su padre y con su tía Gabriele, del extraño acceso de fiebre y el miedo que sintió en Kairuán, del cementerio de aquella ciudad santa, de las bujías viejas y el olor a fenol, a polvo y a miedo de las escuelas militares de Sankt Pölten y de Weißkirchen, donde también estuvo enfermo.

–¿Y estuvo enfermo mucho tiempo?

–Tres años. Disculpe, me incomoda llevarlo a este mundo tan extraño para usted, pero permítame, ya que le he empezado a hablar de mí, que le cuente un último recuerdo. En Praga tenía un tío soltero que tenía una sola pasión, un tic del alma: los pájaros. Ocupaban toda una habitación. Un día a la semana una primita mía y yo éramos invitados a cenar en su casa. Nadie podía entrar en el santuario de los pájaros. Cuando el tío se levantaba de la mesa para llevarles una rebanada de pan o un trozo de fruta, se oía su piar a través de la puerta abierta. Cantaban. Chillaban. Él regresaba con plumas en el cabello y en la barba y por todo el traje. Nos enseñaba a conocer las aves, sus nombres, sólo por su canto. Aprendí que un pájaro canta en el seno del mundo como si cantara en su propio interior. Los pájaros no distinguen su corazón del mundo. Pero un día todo acabó. Basta de cantos y de griterío, de plumas en el cabello y en la barba

del tío. En vez de los pájaros: una mujer joven entre rubia y pelirroja y pecosa y alegre y gritona y que iba siempre emperifollada. Toda aquella multitud de pájaros que nadie había visto jamás fue trocada por aquella mujer que, como era de esperar, nunca abandonó al tío y, finalmente, lo enterró. Ahora, si yo fuera joven, un joven de cuarenta años, haría como mi tío: me casaría con una mujer risueña y parlanchina y joven, haría como Mallarmé: sería un sencillo profesor de inglés de Lycée y por las noches, de madrugada, cuando mujer e hija durmieran, escribiría, cantaría en silencio, y comprendería que tan sólo mi hija me podía salvar. El niño y Orión.

Y ella abrió *Rilke* y yo retomé *Para Fedra* de Olov Enquist y ella encontró los retratos tristísimos que le hicieron madame Klossowska y Lou Albert-Lasard y me los mostró.

–¡Qué ojos tan tristes! ¿No reía nunca?

–En las últimas fotografías, cuando vive en Suiza y está ya gravemente enfermo, ríe.

Y leía *Para Fedra* y no podía dejar de pensar en aquel hombre: Rainer Maria Rilke. Pensaba en lo que dijo de él Robert Walser: que es el poeta de las solteronas y de las princesas de cabellos canos, es el poeta pobre del cuento de Walser que es acogido por una gran dama y la dama le dice –Te amo como a un hijo– y él huye, él es el hijo pródigo. Y pensaba: a veces, él, como Racine, hace de sombra a los amantes, como el ayudante de dirección cuando ha faltado un actor, con una clara y tímida voluntad de ayudar, siempre desde fuera, y lo veía haciendo de sombra de Hipólito. La actriz era la mujer más ardiente, una mujer de cuarenta años, Fedra, madame Klossowska, pero no gritaba, conturbada y abismal, –¡Amo!–. Toda ella era ahora ternura, buena sazón. Y él, Hipólito, el puro, calla, sabe que de pronto ella prorrumpirá en llanto y gritos, piensa, mirándola tan

dulce ahora, –Al alba he bebido la gota del rocío sobre tu pétalo y era dulcísima y he bebido aquella misma gota al atardecer sobre tu pétalo y era la más amarga.

Él siempre ofende a Cipris, Fedra, Loulou, las portadoras de la muerte. ¿Qué sabe él del teatro y de las actrices? Nada.